

A PIRULO Y TOMATITO.

—Durante las cenas de fin de año, acércate a la silla de los abuelos. Para tener una buena foto les pondrán los mismos platos, pero luego los cambiarán. A casi todos se les caen las migas de pan, comida y turrón. Te diré más. Si están callados, tienen Alzheimer, y al no tener memoria te saludarán y te darán a cada rato de lo suyo; si les tiembla el pulso mucho mejor, no tienes ni que acercarte, ese mecanismo les funciona como lanzadera involuntaria de alimento. A los que no vale la pena molestar son a los que les sirven purés. Solo tienen encías. No les van a dar nada que puedas triturar. En las cenas, los abuelos son un blanco fácil para no caer en la desesperación —dijo.

El olfato, en un alzamiento colectivo, hacia naufragar los hocicos en mareas incontenibles de saliva que afilaban en vano nuestros colmillos. Por eso dejaba los platos de pienso intactos.

El consejo me lo dio, Pirulo. El perro calato, el perro sin pelo que algún día fue de casa rica pero que echaron por morder al hijo del dueño.

—Fue culpa de un ataque de ira —decía. —El loro de la hacienda iba y venía a lo largo de la barandilla de madera de la terraza con la cabeza gacha. Parecía un filósofo con las manos en los bolsillos que se preguntaba por qué, después de tantos suicidios, se había vuelto a reencarnar en la especie equivocada.

Todas las tardes al verme, repetía *“perro calato, perro calato” “perro sin olfato, perro sin olfato”*. Me acerqué y al estar frente a él me quedé estático. Tranquilo, lorito, ahora te ayudo a acelerar tu reencarnación en otro animal, pensé.